ORIGEN DE UNA REVELACIÓN

Jorge Pablo Lima

zona temporalmente autónoma

taz

EDITORES

Cómo ha sucedido todo esto y por qué estoy aquí, con la humedad invertida, estratificada, sepultada, convertida en el rostro de las emanaciones, de la respiración (invertida), de la espiga ponzoñosa (invertida), de los vestigios y el puntapié que ha perdido su rastro en el camino. Cómo ha sucedido todo esto y por qué estoy aquí, dos veces equivocado, dos veces comprometido, rodeado de nubes que intentan corregir el curso natural de los hechos. Pienso: hay algo de más en todo lo que me rodea; hay algo de menos. La temperatura, la caída del sol, la consistencia porosa de las flores y la encomienda sobre la cresta constituyen el material irreconocible de una revelación. Ya no hay rocas en el camino, tan sólo profundidad y olvido. Pienso: hay algo en todo esto que me supera, que me impulsa, que me atraviesa y que me lanza como erizos de coral esparcidos en un puerto. Pienso: hay una correspondencia de todas las imágenes de la memoria con todas las acciones del mundo. Hay entre mis piernas, mis manos y mis ojos una correspondencia que soy incapaz de controlar; y por esa razón ya no puedo concebir ninguna acción con independencia de la memoria. Los ancianos de mi infancia siguen siendo los ancianos de la adultez, para ellos el significado de una correspondencia está en su forma de permanencia; es decir, es una manera de permanecer en el tiempo que no tiene consecuencias, pues se ha convertido en el eterno pasado de lo mismo. En estas circunstancias no hay nada que decir, nada que emprender, nada que objetar. Pienso: los primitivos ancianos, las primitivas moradas, los primitivos hábitos permanecen unidos a formas celestiales; por ello hablan en la escasez como los ángeles y por ello todas sus vidas juntas tienen la consistencia de una revelación. El testamento de la brisa y de las aves rodea ahora todo el puerto, he invaden mi memoria formando la sustancia del olvido; es él quien dará el próximo paso. Pienso: solo a través del olvido es posible obtener una impresión general en el rostro de un hombre. Luego, en una expresión que no ha aprendido a disimular se manifiestan las inclinaciones de la mente en forma natural; por ello hay en mi rostro detenido la presunción de un nacimiento, y todo cuanto se efectúa en el cuerpo −sea en el rostro, en la columna o en los pies−, es el desprendimiento elemental de mi memoria y es su correspondencia. Sin embargo, aunque todas las cosas del hombre con respecto a la memoria sean lanzadas desde la realidad; el nacimiento de una revelación no es una imagen de la memoria con respecto a su forma exterior, sino con respecto a su interior; porque la potencia interior del hombre reside en los secretos que lo componen. Yo creo en el gesto involuntario, es decir, en la potencia de lo ordinario; allí donde las acciones de siempre reciben las dotes del espíritu precursor. Por esta razón la actitud del hombre natural se distingue en el instante de una revelación. Todo aquello que conozco, material e inmaterial, en algún momento habrá de desvanecerse: las líneas ferroviarias, los almacenes al final de la vía, el instante grabado en el abrazo, los recuerdos y los martirios, el atajo hacia el río, el animal ahogando las mugres en el río, las corrientes de vapor bajo el río, las desembocaduras, los destierros, el hastío. Pero sé de una cosa que jamás se desvanece, las revelaciones de un hombre que ha sabido vivir. Y de revelación en revelación, la memoria se extiende más allá del hombre; de la misma forma en que se establece la correspondencia entre el tercer cielo −el íntimo−, y el segundo cielo, el intermedio; que a su vez se corresponde con el primero −el último−, desde donde se configura la correspondencia con los órganos y las vísceras del hombre. Pienso: es en las formas corporales donde el cielo sitúa ulteriormente su base, como un secreto que poco a poco va revelando la evolución creadora. Pienso: si la memoria no influyera en todas las cosas del hombre, y según la correspondencia en todas las cosas del mundo, no habría diferencia alguna entre dormir y despertar, monotonía y movimiento, repetición y diferencia. Esta correspondencia es el principio de toda consecuencia. Pienso: todo cuanto existe en la naturaleza, desde lo más pequeño hasta lo más grande, de lo transparente a lo ininteligible, contiene el conjunto de revelaciones por las que atraviesa. La razón por la cual son correspondencias es que el mundo natural existe y subsiste por el mundo del olvido: harén

de la memoria. Pienso, además, que la sustancia del olvido es un perpetuo nacimiento, porque nada puede autocondicionar su nacimiento por sí mismo. Y todo cuanto en la naturaleza existe y subsiste en virtud de la memoria es una correspondencia. Las cosas que allí se hallan son un producto del olvido que a ratos nos revela sus principios. El olvido se refiere siempre a una verdad, puesto que la verdad solo puede ser alcanzada a través del conjunto de revelaciones concertadas. Es por esto que todas las cosas que en el universo se hallan en consonancia con un orden olvidado, se refieren continuamente a una genealogía ancestral. Pienso: no es posible revelar los goces de cada uno alejados del flujo de las correspondencias.

Yo he atribuido la potestad del siguiente paso al olvido.
El empeño que se oponga a este principio ha de quedar en el intento,
estrictamente subordinado a la disolución de las formas espirituales.

Todas las cosas que ven ante los ojos del olvido
alcanzan innumerables variaciones de la luz;
y aquello que perciben se transforma, con cada revelación, en una facultad interior.

Los objetos de siempre —el berbiquí o el compás— son como reliquias en las que se han estacionado las mismas variaciones; las columnas interiores de la casa, aunque persistan en la madera lustrada, se alcanzan a ver como estructuras de algún material inconsistente, voluble. Tales aproximaciones corresponden a un entendimiento iluminado por el olvido. Ahora puedo ilustrar una sensación que nunca antes ha sido comunicada. Yo he obrado en secreto, pues no he pensado más que sincera y justamente a través del olvido, de la potencia ligada al olvido; por eso mi rostro luce como perdido, en él aparece la luz de todos los pensamientos en su forma original, como imágenes de una inclinación ancestral.

Yo he podido amar en secreto,
por eso cuando hablo
se oscurece mi rostro;
pero luego todas las cosas se hacen plenamente visibles en el cuerpo que ha sido amado;
y todas las cosas que existen a su alrededor acogen también, por la fuerza de mi acción, el esfuerzo liberado.

La magnitud de mi amor es siempre la misma, puesto que ha descendido de la conjunción del olvido con la memoria, de la repetición y la diferencia, y en general por la conjunción que se establece de revelación en revelación, cuya trascendencia está en todas las imágenes de la memoria y en cada acción en particular. Pienso: las palabras del hombre solo pueden expresar las aspiraciones externas de la humanidad.

Con el instante de la revelación se inicia un ciclo de correspondencias donde el acto de creación permanece intacto eternamente. Y se convierte, después de su anunciación, en una fuerza de vida que fluye desde sí misma, como praderas elevadas a un grado superior, cuando de naturales pasan a ser espirituales. Pienso: la revelación llega a ser en este momento una forma de muerte. Después de esta revelación, el hombre reorganiza los tres estados fundamentales de la vida. Primero, aquel que se refiere a los modos de instrucción que le son innatos; el segundo se interna en la búsqueda de la razón; y el tercer estado, en la meditación. En esta secuencia significativa entra el hombre inmediatamente después de la primera revelación. Ahora sé que cada espíritu contiene, en cuanto a sus visiones, cosas exteriores y cosas interiores. Las cosas exteriores son aquellas a través de las cuales el hombre acomoda su cuerpo en el mundo, principalmente el rostro, el habla, los gestos. Las cosas interiores, en cambio, pertenecen a la voluntad; esto es, al pensamiento. Estas se

manifiestan esporádicamente en el rostro, en el habla, en los gestos; porque el hombre es instruido, desde la infancia, para mostrar amistad, benevolencia y sinceridad, y a ocultar los pensamientos de la propia voluntad; por esta razón a menudo somos convocados por una falsa moral y una falsa conducta espiritual. Sin embargo, he conocido a muchos hombres —ancianos y discípulos, impostores y oligarcas, creyentes y eruditos—, que nunca han experimentado estos estados. De igual manera, he visto algunos que han sido elevados inmediatamente después de una pequeña revelación. Y he visto a algunos dedicarse a fabricar legiones enteras de monotonías, con la cabeza inclinada hacia abajo y los pies sobre la encina. Hay algunos que después de una revelación son echados al pasado, y de esta manera quedan separados de la humanidad creadora que los invoca. El placer estoico que persiste a su lado no lo puede ya satisfacer, y acaba por desaparecer en el anonimato sin posibilidad de retorno. Y al ser eclipsado en el olvido, es el olvido quien hace presente al objeto de placer al cual se siente ligado: es la sustancia del deseo en el centro de su divergencia; pues el objeto devela mi deseo y yo me sumerjo en él, otorgándole el mismo sentido que principia en aquella fábula de Scheherezada, donde el genio regresa siempre al amuleto frotado luego de cumplir su cometido. Inversamente, las delicias de la vida de cada cual se transforman, después de la respiración y del olvido asimilado, en las revelaciones correspondientes. Pienso: desde que el objeto me libera, la divergencia es abolida y con ella, el olvido que le da lugar, componiendo los espasmos en el aire hasta que no hay ya objeto sino, una presencia nuevamente desalojada que no es creación ni armonía, sino alucinación, bostezo y descreimiento. De ahí se desprenden los elementos fundacionales del acto de creación. Pienso: es él quien dirá la próxima confesión.